

CRIVELLO.

Dije que lo oí con estas propias orejas, y fue bien oído.

LAURO.

¿Que fue bien oído? ¡Tacaño!

CRIVELLO.

No te empines, señor, contra mí, porque es verdad lo que te digo.

LAURO.

Yo te creo.

CRIVELLO.

¿Cuál yo te creo? Digo que lo haré bueno al diablo que sea, si es menester, encima de un brocal de un pozo, que cumple palabras.

LAURO.

Vamos: si yo no le diere su pago, no me llamen hombre hijodalgo.

CRIVELLO.

¿Qué? yo basto, señor, á cortalle aquellos brazuelos.

LAURO.

Crivello, vente conmigo, y en velle, dale de tal suerte que le dejes tendido.

CRIVELLO.

Eso haz cuenta que está hecho. Yo me porné desta postura, sino desotra, y capete en tierra. Vamos.

## ACTO QUINTO.

## ESCENA I.

(Calle.)

LELIA. QUINTANA. SALAMANCA.

LELIA.

¿Qué tengo de hacer, pobreta de mí, sino tomar el mejor expediente? Especialmente que Lauro mi señor tiene entendido de Crivello su lacayo que me han visto abrazada con Clavela. Yo no entiendo quién puede ser este que en mi forma y hábito haya tenido tal atrevimiento.

SALAMANCA.

Señor Mase Quintana. ¿Qué digo? Ojo, hé allí á Fabricio.

QUINTANA.

Ya lo veo.

LELIA.

En manos de Marcelo mi amo voy derecho á ponerme.

QUINTANA.

Llámale; y sin manteo viene.

SALAMANCA.

Habráselo jugado: ¡ah! señor. ¡Válame Dios! ¿está sordo?



LELIA.

¿Qué mozo es este que me ha llamado?

QUINTANA.

¿Qué mozo es este? ¡Ah Fabricio! vergüenza, vergüenza, ¿qu'es del manteo?

LELIA.

Hombre honrado, ¿conosceisme vos á mí?

QUINTANA.

Sí que te conozco.

SALAMANCA.

Sí que os conocemos.

LELIA.

¿Tú sabes con quién hablas?

SALAMANCA.

Bien sé con quién hablo, con Fabricio hablo.

LELIA.

¿Cuál Fabricio?

SALAMANCA.

Mi amo.

LELIA.

¿Yo soy tu amo?

QUINTANA.

Déjate de chacotear, Fabricio, y vamos á la posada.

SALAMANCA.

Vamos, qu'es hora de comer.

LELIA.

¿Quién te quita la comida?

SALAMANCA.

Él me la quita, pues venir no quiere.

LELIA.

Yo no tengo para qué.

SALAMANCA.

Bien lo creo, pues tiene su tórtola en el buche.

LELIA.

Calla, diablo, con tu comida.

SALAMANCA.

Bien teneis vos por qué callar, domine Faldetas, pues antes de salir de la posada asi os engullís las sopas como anadon nuevo los livianos ó caracoles.

## ESCENA II.

LAURO. CRIVELLO, Y DICHOS.

LAURO.

Cátale, Crivello: dale, muera.

LELIA.

¡Santa María, señora! Sed conmigo.



QUINTANA.

Teneos, gentilhombre.

CRIVELLO.

Que no hay que tener.

SALAMANCA.

A esotro, no á mí. ¡Oh pecador de Salamanca!

LAURO.

En casa de Verginio se ha metido.

### ESCENA III.

MARCELO. QUINTANA. LAURO. SALAMANCA. CRIVELLO.

MARCELO.

¿Qué descortesía es esta tan grande, señores, de querer entrar con las espadas tiradas en casa agena?

LAURO.

Dadnos ese rapazuelo de Fabio.

QUINTANA.

¿Fabio? Fabricio se llama, señores.

MARCELO.

Ni es ese ni esotro, que vivís engañados; pero, señor Lauro, antes que te lo dé, primero te suplico que

me oigas un negocio que pocos dias ha que aconteció en mi pueblo, maravilloso de oír.

SALAMANCA.

Señores, ¿parésceles que vaya por sendas sillas al meson?

MARCELO.

¿Para qué, dí?

SALAMANCA.

Porque segun han tomado el comienzo, no es mucho que nos tomen aqui las cumpretas.

QUINTANA.

Déjele, señor.

LAURO.

Que me place de lo oír; pero ha de ser con una condicion, que entregéis luego ese rapaz en mi poder.

MARCELO.

Yo te lo pondré en tus manos propias, á fé de quien soy.

SALAMANCA.

¿Qué gentiles alientos para quien querría estar en la posada, y tener los asadores atravesados por las tripas!

LAURO.

Dí presto.

MARCELO.

Has de saber, señor, que no ha muchos años que un caballero tomó amores con una doncella, la cual le pagaba con el mismo amor. Quiso su desdicha que es-



te caballero se enamoró de otra señora, olvidando la primera: la primera viéndose despreciada de su amante, no sabiendo qué se hacer, acordó de mudar el hábito femenino, y en el de hombre muchos dias le sirvió: pues andando á la desconocida, viéndose todavía aborrecer de este su señor, vino en tanto extremo que estuvo para desesperar, y está hoy en dia que plañe y lamenta en secreto, que es la mayor lástima del mundo.

LAURO.

Dichoso tal hombre, pues con tan firme amor es amado. ¿Y por qué no se da á conocer de su señor?

MARCELO.

Porque teme del mal suceso.

LAURO.

¿Cuál mal suceso? A fé de caballero que si por mí tal acaesciera..... ¿Mas qué digo? No soy yo tan dichoso ni tan bienaventurado.

MARCELO.

Señor, si por ti tal acaesciera ¿qué es lo que hicieras tú? ¿No olvidáras otro cualquier amor por muger tan constante siendo tan hermosa y noble como la otra?

LAURO.

¿Cuál olvidar? ¿Y con qué se podría pagar un tan conforme amor?

MARCELO.

Pues primero que en nuestra casa entres, ni á Fabio veas, quiero me jures á fé de caballero qué es lo que tú hicieras sobre este negocio.

LAURO.

Por el juramento que me has tomado te juro que no le podría pagar con otra cosa, sino con tomalla por muger.

MARCELO.

¿Hicieraslo así?

LAURO.

Y no de otra manera.

MARCELO.

Pues entra, señor, que por ti propio ha sucedido lo contado.

LAURO.

¿Por mí? ¿cómo?

MARCELO.

Porque Fabio (á quien tú quieres matar pensando que es hombre) es tu querida primera Lelia, hija de Verginio, romano, la cual se salió del monesterio por servirte en hábitos de hombre; mira si le debes algo y le eres en grandísima obligacion.

LAURO.

No me digas mas, señor Marcelo, que yo te creo.

CRIVELO.

Y aun por eso, señor, muchas veces cuando se iba



á acostar á la cámara de los lacayos, se apartaba acullá lejos en un rincon á desnudar: yo decíale: hermano Fabio, ¿por qué no te vienes á desnudar á la lumbre? y respondíame él diciendo: hermano Crivelo, tengo sarna.

LAURO.

Sus, entremos allá dentro, que yo le quiero pagar con lo que tengo dicho.

SALAMANCA.

Señor Mase Quintana, si aquel no es Fabricio ¿qué esperamos? vámonos *ad comedendum ad posatam*.

QUINTANA.

¿Qué dices? ¿Qué algarabía es esa?

SALAMANCA.

¿Algarabía es esta? Es gramátula, y aun de la mas fina de Alcalá de Humares.

QUINTANA.

Escúchate. Dígame, señor ¿cómo dijo denantes que se llamaba el padre desa Lelia?

MARCELO.

Verginio Romano.

QUINTANA.

¿Verginio Romano?

MARCELO.

Sí, señor.

QUINTANA.

¿Tuvo otro hijo sin esta?

MARCELO.

Uno, el cual se perdió en el saco de Roma.

QUINTANA.

Por hallado se puede tener el dia de hoy: que llegando á ver aqui á Módena so amparo y guarda mia, se nos ha desaparecido, y pensando ser este que se retrajo en vuestra posada, venimos en su seguimiento.

CRIVELO.

¿Y es ese el que llamais Fabricio?

QUINTANA.

Sí, señor.

CRIVELO.

Ta, ta, que me maten si ese que vos decís no es el que han tomado por Lelia, y está encerrado en casa de Gerardo.

MARCELO.

Pues por amor de mí, mientras nosotros nos entramos á efectuar el matrimonio del señor Lauro con Lelia, se vaya aqui con Crivelo.

QUINTANA.

¿Dónde, señor?

MARCELO.

A casa de Gerardo, porque Verginio es ido allá armado con Pajares su mozo á que le restituya á Lelia.



QUINTANA.

¡Válame Dios! Iré porque no suceda algun escándalo.

CRIVELLO.

¡Vamos, y daremos noticia de lo pasado.

## ESCENA IV.

QUINTANA. SALAMANCA.

SALAMANCA.

¿Y pues? ¿yo, Mase Quintana ó cuartana, quédo-me hecho campaleon? ¿Piensa que me he de mantener del aire?

QUINTANA.

¡Oh! toma, cata ahí cuatro reales y dalos á Frula el mesonero en señal que se los debemos, y dile que te dé el portillon de la ropa.

SALAMANCA.

¿Y no mas?

QUINTANA.

Y el pan que sobró del almuerzo, y vente aquí á la posada del señor Verginio.

SALAMANCA.

Que me place, y al pan podeis agradecer la vuelta.

## ESCENA V.

VERGINIO. PAJARES.

VERGINIO.

Mira, Pajares.

PAJARES.

Miro, señor.

VERGINIO.

No te cures de mas sino hacer como yo hiciere; veamos si me darán á mi hija por fuerza ó por grado, ó mal que les pese.

PAJARES.

Y dígame, señor, ¿cuántos han de ser los alanceados, si place á la voluntad de Dios?

VERGINIO.

Solo uno es el que me ha ofendido.

PAJARES.

¿Uno no mas? ¿Y cómo se llama?

VERGINIO.

¿De todo te han de dar cuenta? Gerardo se llama.  
¿Por qué lo dices?

PAJARES.

Porque querríame llegar á la iglesia.

VERGINIO.

¿Para qué?



PAJARES.

Para hacelle decir una misa de salud.

VERGINIO.

Calla, badajo, que no sé quien viene.

PAJARES.

Crivelo es el uno, y el otro saludador me parece.

### ESCENA VI.

CRIVelo. QUINTANA, Y DICHOS.

CRIVelo.

Guárdele Dios, señor Verginio.

VERGINIO.

Seas bien venido con la compañía.

QUINTANA.

Beso sus manos.

PAJARES.

Señor Crivelo, ¿parésecele en qué andenes y riesgos me han traído mis pecados?

CRIVelo.

¿Cómo, Pajares?

PAJARES.

¿Cómo me pregunta? ¿No ve qué enlanceado estoy?

CRIVelo.

¿Pues qué hace al caso, dí?

PAJARES.

¿Quién me hizo á mí mata hombres? Que aun por mis pecados los dias pasados mató mi padre un huron, y en mas de quinze dias no osaba salir de noche al corral do le habia muerto.

QUINTANA.

¿Por qué?

PAJARES.

Porque no me asombrase su álima.

CRIVelo.

Señor Verginio, bien puede vuesa merced enviar este mozo á casa á desarmarse.

PAJARES.

¡Ah! Dios te dé salud, amen.

VERGINIO.

¿Cuál enviar? ¿Venís vos hecho de concierto con Gerardo? Pues tené por entendido que no lo haré hasta en tanto que me dé mi hija, tan sana y tan buena como se la entregué.

CRIVelo.

Señor Verginio, ¿cómo? ¿cómo os puede dar vuestra hija, no teniéndola?

VERGINIO.

¿Dizque no teniéndola? ¿Pues qué cuenta me da de la moza que yo le dejé en su poder?



CRIVELLO.

¿Moza? Yo digo que es mozo.

QUINTANA.

Señor, lo que yo tengo entendido de este negocio es que Lelia está en tu casa, con toda la honra del mundo, y desposada con un gentil hombre que se llama Lauro.

CRIVELLO.

Dice verdad, señor: con mi amo.

PAJARES.

¿Y sin pedirme perdon, señor?

VERGINIO.

¿De qué te habia de pedir perdon?

PAJARES.

De que me hizo ayunar el lunes sin ser ayuno, ni cantallo el martillo de mi bravario.

VERGINIO.

¿Qué, mi hija es desposada con Lauro? Dichoso sería yo si tal fuese.

CRIVELLO.

Que lo puedes bien creer, señor.

VERGINIO.

Y pues, el que tanto le semeja, que está en casa de Gerardo ¿quién ha de ser?

QUINTANA.

Tu hijo, señor.

VERGINIO.

¿Qué me contais?

QUINTANA.

La verdad sin falta.

VERGINIO.

¡Oh providencia divina!

CRIVELLO.

Señor, en casa de Gerardo me entro, por dalle aviso del regocijo tan sobrado, y ganar las albricias.

VERGINIO.

Corre, vé.

PAJARES.

Yo á desalancearme.

## ESCENA VII.

VERGINIO. QUINTANA.

VERGINIO.

¿Señor, cómo es su gracia?

QUINTANA.

Quintana, á su servicio.

VERGINIO.

¿De qué tierra?



QUINTANA.

De Roma, ayo de su hijo Fabricio.

VERGINIO.

¿Fabricio? ¿Y quién le puso ese nombre?

QUINTANA.

Señor, tú has de saber que el día de la revuelta que fue saqueada Roma, quiso su buena dicha ó ventura que vino en poder tu hijo de un capitán español dicho Fabricio, y por quererle tanto, me lo dió que le enseñase toda crianza, llamándole de su propio nombre, y al punto que falleció, lo dejó heredero de su hacienda.

VERGINIO.

¡Santo Dios!

QUINTANA.

Yo, como por tu hijo y mi criado supiese que tenía padre que se llamaba Verginio, y por información de algunos extranjeros que en Módena residían, determiné de encaminarle á esta ciudad y traerle en tu presencia.

VERGINIO.

Digo, señor, que yo estoy por ello á no faltáros en los días de mi vida.

## ESCENA VIII.

GERARDO. FABRICIO. CLAVELA. CRIVELLO, Y DICHOS.

CRIVELLO.

Señor, he aquí do sale el señor Gerardo y tu hijo Fabricio, con su esposa Clavela mano por mano.

GERARDO.

¿Qué le parece, señor Verginio, las cosas que son encaminadas por Dios, cómo siempre vienen á parar en buen suceso?

VERGINIO.

Así es la verdad, señor Gerardo.

QUINTANA.

Fabricio, abraza á tu padre.

FABRICIO.

Déme sus manos, señor.

VERGINIO.

¡Jesus! y cuán semejante es á Lelia:, bendígate Dios, hijo mio, y á tu esposa.

CLAVELA.

Y á él dé largos días de vida.

GERARDO.

Señor Verginio, pues no ha sido servido Dios que



Lelia fuese mi muger, segun aqui Crivelo me ha contado, digo que yo me tengo por muy dichoso y contento que su hijo Fabricio sea mi yerno, y d'hoy mas por consuegros y hermanos nos abracemos.

VERGINIO.

Que me place, y vamos derecho á mi aposento donde se celebrarán las bodas cumplidamente.

CRIVELO.

Sus, señores: si les pareciere alcanzar de la fiesta y confitura que allá dentro está aparejada, alléguese á la posada del señor Verginio, que, á fé de hombre de bien, segun el preparatorio, no falten quejosos; y por tanto, perdonen.

## CORNUDO Y CONTENTO.

PASO.

PERSONAS. { LUCIO, doctor médico.  
MARTIN DE VILLALBA, simple.  
BÁRBARA, su muger.  
GERÓNIMO, estudiante.

(Plaza de un lugar.)

LUCIO.

*¡Oh miserabilis doctor!* ¿Qué fortuna es esta, que no haya receptado en todo el dia de hoy recepta ninguna? ¿Pues mirad quién asoma para mitigar mi pena! Este es un animal, que le ha hecho encreyente su muger que está enferma, y ella hácelo por darse el buen tiempo con un estudiante; y él es tan importuno, que no lo hace con dos ni tres visitas al dia. Pero venga, que en tanto que los pollos en el corral le turaren, nunca su muger estará sin fiebre. Sea bien allegado el bueno de Alonso de.....

MARTIN.

No, no, señor Licenciado, Martin de Villalba me llamo, para toda su honra.